



ESPIANDO TRAM(P)AS DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA

Por Máximo Bontempo ♦ y Pablo Delgado ♦♦

♦ *Docente e investigador de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Integrante del CICEOP (Centro de Investigación y Capacitación en Estudios de Opinión Pública).*

♦ ♦ *Docente e investigador de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Integrante del CICEOP (Centro de Investigación y Capacitación en Estudios de Opinión Pública).*

“...el piquete no es el proletariado. No es una fuerza de trabajo.

El piquete pertenece a otra etapa del capital. Hoy el capital acumula dinero con dinero: por eso la explotación fue suplantada por la exclusión. La fuerza de trabajo se ha devaluado. El capital ha aprendido a prescindir de ella. Su problema no es cómo explotarla sino dónde ponerla, ya que es un sobrante”.

José Pablo Feinmann (“El lugar de la subversión”, 2001).

Hay un espacio social al que siempre se pretendió transparente en términos comunicacionales: hoy ese lugar compone sin-fonías y deja afónicas varias otras cosas. La oración dice “piquetero acorralado assembleísta”. Y es público el espacio desde donde ésta morde disnea a la comunicación política, apenas una metáfora moribunda que entonces y a tientas registra un punto ciego. Una opacidad que marca. Y hace la huella al andar. Quizás estemos hablando de la imposibilidad, del decaimiento de la representación y “su” relato.

Es muy frecuente escuchar desde las oficinas del gobierno nacional y provincial. Y desde su policía, enunciados para referirse a los reclamos piqueteros: “no teníamos un interlocutor válido... no había con quien dialogar”.

Ahora bien, ¿de quién creen hablar cuando están hablando? ¿Desde qué validez se quiere interrogar? ¿Quién habitaba invisible ante los ojos del gobierno, cuando éste “decidía” hablar? ¿Qué logos rebotaba en el dial del lenguaje? El filósofo contemporáneo J. Ranciere llama la atención sobre una constante en el pensamiento occidental desde la época de los grie-

gos: “los esclavos son esclavos porque no pueden hablar de igual a igual con los amos, porque no comparten el mismo logos (la palabra o la razón) de la ciudad”.

Lyotard -respondiendo a los teóricos del consenso democrático y del estado de derecho como Habermas, entre otros- plantea el concepto “diferendo”: “un caso de este tipo se da cuando la resolución de un conflicto que opone a dos partes civiles se hace en el idioma de una de ellas mientras que la injusticia sufrida por la otra no se significa en ese idioma”.

Veamos. ¿Reconocen las jurídicas normas y la palabra liberal (?) de este gobierno ese sujeto político llamado piquetero, o se conoce y bien al des-ocupado carente que hay que asistir desde y por su carencia jugando el juego de los papelitos? ¿A quién se acepta para dialogar: a la clase media empobrecida o al assembleísta? ¿Qué reclamo se cree alcanzar?

Encontrar la política

Hace demasiado tiempo viejo el Marx arrojó varias fichas al lenguaje-capital que jugaba a que la

fuerza de trabajo era una mercancía -juguemos, dijo- y arrojó que no lo era porque ésta era la única fuerza capaz de producir todas las mercancías: acto seguido desentendó "la injusticia del capitalismo", palabras éstas que no podía reconocer nuestro amigo C, inmerso en el juego del trabajo como mercancía. Serio problema para el trabajador, ya que si quería querellar, tenía que argumentar -victimizándose a sí mismo- como obrero, palabra sí reconocida por C, cuyo lenguaje entendía "como aquella buena gente que vende su fuerza de trabajo". Entonces Marx habló y pronunció proletario. Habló y pronunció a aquel sujeto político que necesitaba desensillarse del idioma oficial para poder hablar-la-injusticia-absoluta, única identidad que le hacía posible habitar realmente la sociedad civil. La palabra obrero no reconoce ningún tipo de injusticia, el idioma oficial con ella sólo reconoce un discreto lugar en la división social de actividades.

¿Qué tipo de injusticia significa ser desempleado en medio del idioma neoliberal que sólo apela a confrontar intereses y valores que se "prueban" la ropita de la validez del enunciado? "Yo empleado comunico racionalmente mis calamidades pero el patrón instrumenta racionalidades a comunicados constantes (a destajo) donde las indemnizaciones te roban y te echan cuando quieren flexibilizar otra vez el temor incrustado por aquel que se fue y...".

¿Cuántos piquetes-significaciones necesitará el espacio público abollado para entramar las trampas del nosignificante? ¿Cuántos objetos necesitará desbordar o destruir?

Quizás constituirse como asambleísta o piquetero sea el intento de "encontrar" a la política, ese desacuerdo político que no implica los parámetros de la racionalidad comunicativa en los que sólo se confrontan intereses y sistemas de valor con un único fin: poner a prueba aquella "bendita" validez.

¿Pero qué es "hacer política"? Es realizar aquella actividad que desplaza un cuerpo del lugar que se le asignaba o cambia el destino de un lugar. Esto deja ver lo que no podía ser visto, deja oír un discurso allí donde sólo había ruido, deja oír como discurso lo que no era oído más que como ruido.

Tratemos de empardar: el desocupado cambia de lugar, cambia su destino y construye una identidad (piquetero) que lo muestra allí donde antes era escondido; y propone una nueva jugada discursiva allí donde las piezas del "idioma oficial" sólo le asignaba "discretas características". O lo abandonaba al ruido flexible y bullicioso. Pero el balbuceo que se creía escuchar resultó un discurso que empotra una "injusticia absoluta" -como decía Marx-. O sea, no una injusticia que practique un acuerdo de partes, sino sujetos cuya existencia misma es el modo de manifestación de una injusticia. No es el caso de una injusticia por acciden-

te. Justamente. Acercarse al carenciado, asistirlo, o ni siquiera, es "escuchar" apenas un accidente que se subsana con papeles lecopis.

Aquí se verifican dos derrames comunicacionales: uno sería entender -dentro de los parámetros de la democracia liberal- el principio de que todos los litigios pueden resolverse por la vía de la comunicación razonable entre partes, ideal que encarna la eliminación de todas las opacidades. El segundo enrostra un punto ciego de la comunicación supuestamente transparente: la víctima no puede demostrar que sufre una injusticia porque ésta no es reconocida por el lenguaje "del consenso pre-establecido". Como planteaba Marx, la política de la emancipación surge cuando "una parte que no es una parte" se pronuncia y manifiesta una injusticia provocada por el propio orden económico-social.

"No soy nada y debería serlo todo -dijo al fin el trabajador-, desde ese tiempo antiguo" ◀



Eduulp
 Editorial
 de la Universidad
 de La Plata

Calle 47 N° 380

Tel: (0221) 427-4898

www.edulp.ciudad1882.com

mail: edtrl@netverk.com.ar

Editorial de la Universidad Nacional
 de La Plata